



OBISPO DE CARTAGENA

SAN FULGENCIO

Patrono de la Diócesis

16 de enero de 2026

Ilmos. Sres. Vicario general y vicarios episcopales;
Cabido de la Santa Iglesia Catedral;
rectores de los seminarios mayores San Fulgencio y Redemptoris Mater, y formadores;
director del Centro de Estudios San Fulgencio;
queridos sacerdotes, religiosos y religiosas;
diáconos, seminaristas;

Queridos hermanos y hermanas,

Hoy celebramos la fiesta de nuestro patrón, san Fulgencio, defensor de la fe y fiel a la voluntad de Dios. Volvemos a tener la oportunidad de meditar cómo él respondió generosamente al amor de Cristo, cómo lo vivió y cómo lo predicó. El centro de su atención fue sin duda el Señor: «Cristo, que en cumplimiento de la voluntad del Padre inauguró en la tierra el reino de los cielos, nos reveló su misterio y con su obediencia realizó la redención» (*Lumen Gentium*, 3). A nosotros se nos pide estar en condiciones de recordar que nuestro Señor nos ha llamado para continuar su misión y para renovar nuestra entrega a la «pasión por la evangelización» con «celo apostólico».

Pasión por evangelizar. Esto es lo que nos han enseñado los apóstoles, san Pablo y tantos testigos de la fe, que la entrega debe ser total. Los Hechos de los Apóstoles nos dicen que san Pablo «estaba lleno del celo de la gloria de Dios» (cf. Ac 22, 3). Se comprende que esta cualidad lo preparó para su vocación, además de lo que dice en sus cartas, que Dios lo había llamado por su gracia, desde el seno materno (cf. Gal. 1, 15). Saulo, el fariseo que se convirtió de perseguidor en evangelizador, creía que Jesús estaba muerto, bien muerto y que su lamentable fin sobre la cruz era la señal de la reprobación de Dios para su obra. Pero, he aquí que el Señor le preparó el camino para que se diera cuenta de la potencia triunfadora de Jesús, que le probó que estaba vivo, puesto que lo detuvo y lo tiró por tierra. San Pablo, entonces, encontró a Cristo glorioso, a un Cristo rodeado de luz sobrenatural. Este encuentro con el Señor le ayudó a descubrir que su tarea era servir y que este servicio no se hace sin sacrificio.

Sacerdotes, religiosos y laicos, a nosotros también nos ha tocado vivir en un mundo muy complejo, confuso y difícil con una filosofía de vida donde prima el bienestar, la cultura del cuerpo, los propios intereses y a Dios se le ha despedido considerándolo como un extraño. Pero está claro que estamos viendo que existe una sincera y real búsqueda de Dios en muchos, que hay señales vivas de cansancio por la vaciedad en la que se está

viviendo y que la gente necesita buscar a Dios, a alguien más grande que nosotros que nos habla de verdad y de vida; y se presentan en la Iglesia, en las celebraciones, en los ratos de adoración al Señor, en el Sacramento de la Reconciliación... ¿No creen que se trata de un momento histórico importante y que la mano de Dios se está haciendo presente? Vienen con interés, preguntan, buscan la Verdad, anhelan caminos de esperanza, quieren ver el rostro de Dios... Este es el momento de despertar de nuestros sueños y rutinas, de abrir puertas, de ofrecer respuestas y lugares de paz; es el tiempo de abrir los evangelios, la Palabra de Dios y los testimonios de vida, que exigen estudio, preparación, sabiduría, para poder ofrecer la luz de la fe, del perdón y de la misericordia de Dios; que los que vuelven puedan tener la experiencia de encontrarse con el Padre del hijo pródigo, la casa familiar, acogida y fiesta, porque la vuelta a casa es posible.

Los sacerdotes tenemos ahora la inmensa urgencia de recuperar las ilusiones primeras, una firme espiritualidad, romper las amarras, alejarnos de los complejos y del qué dirán, dejarnos iluminar por el Corazón de Jesús, abriendo los brazos para acoger, acompañar y servir hasta agotarnos. Hoy es tiempo de salvación y se hace necesaria una reflexión sobre cómo estamos ejerciendo nuestro ministerio, una verdadera conversión, porque es un tiempo de esperanza, porque el amor puede cambiar el mundo.

Aprovechemos las oportunidades que nos vienen con motivo de la celebración del I Centenario de la Consagración de la Diócesis al Corazón de Jesús, para acompañar a la gente al corazón misericordioso de Cristo, para ofrecer el regalo del Evangelio, de la Palabra que ayude e ilumine las vidas rotas o perdidas y que puedan descansar en el Señor.

¡Tenemos que despertar para ayudar a los que vienen del desierto y necesitan encontrar el oasis de la fe, de la confianza y del amor de Dios, el agua que salta a la vida eterna! La Iglesia nos está proponiendo un bello ejemplo, el testimonio, antes de su beatificación, de un cura que fue de esta Diócesis, al Cura Valera. Es el modelo de un cura de pueblo, que no protagonizó nunca fenómenos deslumbrantes, ni buscó sobresalir en nada especial, no buscaba protagonismos inútiles, ni famas efímeras, no, todo lo contrario, su firme decisión era ser un alma para Dios y, por eso, buscaba el silencio, el recogimiento de la oración, la austeridad, la pobreza y salir raudo al encuentro de los hermanos que le necesitaban hasta dar la vida, olvidándose siempre de sí mismo. Las puertas de su corazón estaban abiertas para todos los fieles que le fueron encomendados y su celo le llevó a cuidar a los más necesitados, a los pobres de solemnidad. El Señor lo fue modelando y movido por la fuerza del Espíritu Santo siguió a Cristo pobre, humilde y cargado con la Cruz. Así, en el silencio del amor, iba construyendo el camino de la santidad como un regalo, un don de Dios, porque su decisión fue seguir las huellas de Jesucristo.

La figura de este buen párroco austero y enjuto no se ha olvidado nunca y los testimonios son impresionantes, han quedado grabados en la memoria colectiva de la gente y todavía llegan al corazón. Es importante recordar las palabras que el obispo de Cartagena dirigió a los jóvenes que acababa de ordenar para el ministerio exhortándoles: «Solo os pido que os miréis en el espejo que tengo en Huércal Overa, en el cura D. Salvador Valera Parra, en cuyo espejo se mira también vuestro obispo»¹. El mismo obispo, siendo ya cardenal de Valencia todavía elogiaba las virtudes de este sacerdote, diciendo: «No estoy hablando de un hombre ni de un sacerdote, hablo de un ángel»². Sus palabras, nos indican la huella de santidad que iba dejando el sacerdote, D. Salvador Valera Parra, por donde pasaba: eso

¹ DIOCESIS DE ALMERÍA, *Positio super vita...*, pág. 12.

² DIOCESIS DE ALMERÍA, *Positio super vita...*, pág. 12.

era el suave olor a Cristo o el «sello del Espíritu Santo» con el que ha sido marcado (cf. Ef 1, 13), como lo describía san Pablo. En su Carta a los Corintios decía también que Dios, es «el que nos ungió, y el que nos marcó con su sello y nos dio en arras el Espíritu en nuestros corazones»' (2 Cor 1, 21-22).

Termino con estas palabras del Papa León XIV, que las debemos tener en cuenta todos los cristianos, sacerdotes, religiosos o laicos: «No lo olviden: un sacerdote santo hace florecer la santidad a su alrededor»³. Que san Fulgencio nos conceda la gracia de la alegría, buscar la santidad y de ponernos en pie para decirle a Dios: cuenta conmigo, Señor. Amén.

+ José Manuel Lorca Planes
Obispo de Cartagena

³ PAPA LEÓN XIV, *Mensaje del Santo Padre a los sacerdotes en ocasión de la Jornada de santificación sacerdotal*. 27 de junio de 2025. Solemnidad del Sagrado Corazón de Jesús.